

NEXXUZ & JOSEMI

ESCUADRÓN 17

MISIÓN:
SALVEMOS
LA TIERRA



mī

NEXXUZ Y JOSEMI

ESCUADRÓN 17

MISIÓN: SALVEMOS LA TIERRA

m̄r

© Nexxuz, 2016

© Josemi, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño,
Área Editorial Grupo Planeta

Imágenes de cubierta e interior: © Angye Fdez

Diseño de interior: Rudesindo de la Fuente

Fotografías de contracubierta: cortesía de los autores

Primera edición: abril de 2016

ISBN: 978-84-270-4234-6

Depósito legal: B. 4.709-2016

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

- Capítulo I: **LA ENTREVISTA / 11**
Capítulo II: **EL SECRETO DE CORVUS / 29**
Capítulo III: **LOS MISTERIOS DE LA CIUDAD DEL NORTE / 45**
Capítulo IV: **FANTASMAS DE HORMIGÓN / 57**
Capítulo V: **RODOLFO / 71**
Capítulo VI: **EL COHETE LUNAR / 85**
Capítulo VII: **LAS TRES RUTAS DE LA LUNA / 99**
Capítulo VIII: **LINA / 115**
Capítulo IX: **11/08 / 129**
Capítulo X: **UN INVITADO INESPERADO / 145**
Capítulo XI: **LA MISIÓN / 157**
Capítulo XII: **EL ADIÓS / 183**

Aquella escapada nocturna al lago con mis amigos me había dejado sin fuerzas, y ahí estaba yo, sobre mi cama, con una camiseta arrugada y buscando la almohada que, otra vez, se había metido en alguna parte de la leonera en la que mi madre me dejaba vivir, al menos de momento.

Por unos instantes cerré los ojos, todavía sentía las sacudidas del mar contra mi cuerpo y la arena metiéndose por dentro de mi bañador, aghh, qué asco... Me encantaba la sensación del agua meciéndome y odiaba la de la arena invadiéndolo todo. La Luna brillaba con mucha más intensidad que otros días que pudiera recordar, iluminando por completo el suelo de la terraza y las plantas que mi madre cuidaba con esmero. La suave brisa que acariciaba mi cara junto con el dulce olor que desprendía el jazmín me adormecían todavía más.

De pronto, en medio de la quietud, pegué un brinco, ¡no me lo podía creer!: un haz de luz verde se proyectaba detrás de las montañas e iba a dar directamente a la Luna, iluminando todo el valle y dándole una luz fantasmal. Una escena que siempre recordaré.

No pude averiguar qué pasó al final del sueño, siempre me sucedía lo mismo. El maldito despertador no paraba de vibrar, como si no hubiera un mañana, ¡maldito cacharro! Intenté pararlo dando pequeños golpes en la mesilla. Pero no me acordaba de que era uno de esos superrelojes japoneses que no se apagaban hasta que les cantas la canción del Minecraft. ¡Malditos asiáticos!

El pie de mi madre acabó con el ruido de aquel aparato diseñado para romper los nervios de la persona con más paciencia del mundo. Se secó el sudor de la frente con la muñeca y me miró con cara de cansada, ella tampoco tenía aspecto de haber pasado una buena noche. Su pelo de color rojizo le rodeaba la cara. Seguía siendo guapa, con una sonrisa que le asomaba fácilmente y le hacía brillar los ojos. Alta, delgada y segura de sí misma. Vivíamos solos desde que yo recordaba.

—Buenos días, madre —dije mientras me frotaba los ojos.

—¿Otra vez has vuelto a dormir mal?

—Sí, he vuelto a tener el sueño extraño de cada noche.

—Ya, ¿solo el sueño? —dijo mientras miraba de reojo mi bañador mojado—. Tampoco te preocupes por eso, todos hemos tenido alguna vez ese tipo de sueños que no salen de nuestra cabeza hasta vete tú a saber cuándo.

—Bueno, salí porque... —no sabía dónde meterme.

—En fin. No pasa nada, pero la próxima vez lo metes en agua para que la suciedad del lago se despegue, que si no me cuesta una barbaridad...

—Vale, mamá —no soportaba aquel discursito que me echaba siempre.

—Otra cosa, han llamado esta mañana del sitio ese al que fuiste a dejar el currículo.

Mi cara se convirtió en un poema. ¿Alguna de las trecientas empresas a las que había mandado mi currículum quería verme?

—Pero, ¿te han dicho de qué empresa se trataba, mamá?

—¡Yo qué sé!, de una de esas que buscan a gente joven como tú para el verano, se me ha olvidado su nombre. Les he dicho que irías esta tarde a las cinco. Quieren hacerte una prueba de nivel para ver si encajas con el perfil y comprobar si es verdad todo lo que ponías.

Nos miramos durante un instante. Todos decían que nos parecíamos mucho, también yo tengo el pelo tirando a rojo, los ojos de color verde y estatura como la suya. También tenemos gustos comunes y nos llevamos razonablemente bien. Donde vamos no podemos negar que somos familia.

—Vale, iré sin falta. Pero, ¿de verdad no recuerdas para qué era el trabajo?

—Vamos a ver, ¿no te he dicho que no? Eso sí, una cosa te digo, no vayas a ir a la entrevista con esas pintas que me llevas normalmente, ¡que así sí que no te contratan! Y ahora, baja a desayunar, que mira qué hora es.

—¡Mamá! —grité antes de que se fuera.

—Dime.

—¿Me vas a decir la dirección o...?

—¡Ah, sí, sí! Calle Eclipse Towers, 3, piso 1. Creo que está por la zona nueva.

—Gracias, mamá, ahora bajo a desayunar.

Cerró la puerta y me dejó en la habitación con mis pensamientos. Me hacía muchísima ilusión empezar a trabajar por primera vez en mi vida. Pero, unas preguntas no paraban de rondarme la cabeza: ¿sería capaz de dar la talla?,

¿qué es lo que tendría que hacer?, ¿cómo serían mis jefes? Aunque mi carácter tiene tendencia a la tranquilidad, los nervios empezaron a invadirme.

Pasé la mañana intentando elegir la ropa adecuada y buscando por Internet tutoriales sobre cómo comportarme durante la entrevista, finalmente, terminé viendo vídeos de gatos gordos en YouTube y trucos para tener cuenta Premium en Minecraft. Las horas se me hicieron eternas hasta que el reloj de mi móvil marcó las cuatro en punto. Tardaría, más o menos, unos cuarenta minutos en llegar al sitio si iba andando, pero no podía jugármela. Agarré la bicicleta y salí de casa.

Los edificios de la zona adonde tenía que ir eran auténticos rascacielos situados en pleno centro de la ciudad, donde se mezclaban los bloques de oficinas y los de viviendas. Había cafeterías por todos lados a rebosar de *hipsters* con barba y un iPhone en la mano, y yo con mis mejores galas encima de una bicicleta de hacía dos años... Siempre me había preguntado cómo serían las empresas allí, si sería cierto que tenían tarjetas para entrar a las distintas plantas o si se podía bajar a ver a los amigos de la oficina de al lado. No sé, curiosidades propias de una persona joven y con ninguna experiencia laboral que me hacían pensar que sería como en las películas. Frente a la puerta del número 3 me encontré con un letrero en el que se podía leer: «Llame directamente» y un único interfono. Era una casa de vecinos. Temblando más que un flan toqué y esperé.

—¡Corvus al aparato! Mamá, ¿eres tú?

Me desconcerté, ¿y si me había equivocado?

—¿Mamá? Em... no, lo siento. Vengo por lo de la entrevista de trabajo. Soy...

—¿Qué? ¿Entrevista de trabajo? ¡Ah! La que tengo justo aquí debaj...

—¡Corvus! —interrumpió una voz distinta—. Deja eso, ¡te he dicho mil veces que eso es el interfono, no el teléfono de la casa, *desgraciao!* Anda, sal de ahí, cacho cerdo.

No salía de mi asombro, ¿qué narices estaba pasando?

—¡Hola! Soy Nexxuz, dígame.

—Hola, de nuevo, vengo por lo de la entrevista de trabajo. Me habéis llamado para hacer una prueba o algo así.

—¿Qué entrevista de trabajo? ¿La que tengo aquí debajo? —vaciló por unos instantes—. ¡Ah! Vale, vale, vale. Era broma... Ya recuerdo. Le dices a Chimpi que te abra.

—¡Perdone! ¿Chim-chimpi? —pregunté con asombro, pero ya habían colgado.

De pronto, del interior de la conserjería vi que salía un mono con un sombrero rojo y dorado propio de un botones de hotel. Abrió como pudo la gran puerta de cristal y a la vez que emitía unos gritos bastante estridentes hizo unos aspavientos para que yo pasara. Dejé la bicicleta en el interior de la portería y llamé al ascensor. En cuanto entré en la cabina, el mono agarró el vehículo y se puso a dar vueltas con ella hasta que se chocó contra el mostrador. Le paré como pude y subí a la primera planta preguntándome quién en su sano juicio tendría un mono loco contratado como conserje. No tenía ni idea de dónde me había metido y aquello lo debería haber tomado como una señal.

Cuando llegué al piso superior, llamé a la única puerta de madera que había en el rellano. No tenía ninguna placa que diera una pista sobre el nombre de la empresa ni su actividad, me extrañó, pero había llamado y no me quedaba otra que esperar. Al cabo de un para mí largo minuto, la mirilla se abrió y cerró rápidamente haciendo un ruidito

peculiar: clic-clac, la puerta se abrió y pude ver un recibidor pequeño que, como único accesorio, tenía la bombilla pelada que lo iluminaba.

—*¡Illo quiéh ereh tú?* —me preguntó un individuo a apenas unos centímetros de distancia.

—Ho... ho... hola. Yo vengo por lo de la entrevista... —aclaré como pude apartándome unos centímetros para poder verle mejor.

Una sombra de barba le cubría media cara, era moreno, delgado y su atuendo fue lo que más me llamó la atención: pantalón verde, camisa azul de cuadros y un sombrero de paja de ala corta perfectamente encajado en la cabeza que, tuve que reconocer, era de lo más natural que lo llevara dentro de una casa, pues le quedaba fenomenal. Parecía un tipo simpático.

—*¡Ah, vale, ya macuerdo, haberlo disho antes, illo!* Pasa, pasa.

—*¡Pasa, y no pongas esa cara! Acércate y siéntate aquí con nosotros* —me invitó una voz a acercarme—. Ahora viene Nexxuz y te explica lo del trabajito.

El que hablaba mientras se llenaba la boca con patatas fritas que cogía de una bolsa tamaño familiar, que estaba sobre una mesa baja de cristal enfrente del sofá, era un tío con pinta de galán. Llevaba un elegante traje de chaqueta negro, como si estuviera en una fiesta o fuera un guardaespaldas. Era de aspecto atlético, y parecía tener mucha seguridad en sí mismo. Luego supe que se llamaba Josemi.

Un tercero, que debía ser el tal Nexxuz, entró con paso elástico y decidido en la habitación. Al contrario que su compañero, vestía más informal, pantalón vaquero y chaqueta deportiva roja que hacía conjunto con sus zapatillas de deporte. Moreno, como sus compañeros, llevaba una

larga perilla, en contraste con el pelo muy corto. Su mirada expresaba una gran determinación.

—¡Ya era hora de que aparecieras por aquí! —me increpó—. ¿Te has estado tocando las narices desde que te llamé para venir a trabajar?

—Pero... pero... si a mí me han dicho que habíais llamado esta mañana... —vacilé observando al recién llegado. Este me miró con asombro mientras se tocaba la perilla.

—Nexxuz, eres un paquete —dijo Josemi—. Si hasta ayer mismo no decidiste a quién querías entrevistar, ¿cómo va a venir tarde?

—Hum... bueno —el aludido parecía que no se lo creía—, igual es verdad, en fin, ¡da igual, tenemos muchísima prisa para esta misión!

—¿Misión? —pregunté con incredulidad—. ¿Se puede saber a qué os dedicáis?

Se miraron atónitos, finalmente pusieron sus ojos sobre Nexxuz, quien acariciándose el pelo me miró y exclamó de manera atropellada.

—Madre mía, qué guapo soy, emmm digo... ¡No hay tiempo para entrar en detalles! Solo tienes que saber que somos justicieros, investigadores privados, guapos y sexys a tiempo completo... bueno, menos Corvus, él es guarro y feo a tiempo completo.

«En eso tiene razón», pensé, era evidente que los tres tenían un aspecto estupendo.

—Pero, en fin, lo mejor será que conozcas al equipo. A este lado de aquí te presento a Churches, como ves, tiene un acento muy peculiar, por eso a veces no se le entiende muy bien. Una vez pidió un vaso de agua y Josemi le sirvió uno de lejía. Je, je, je... ¡No veas lo bien que lo pasamos en el hospital! Son cosillas que pasan cuando trabajas con

alguien que tiene el poder extraordinario de las «superflautencias», así que yo que tú me andaría con mucho cuidado cuando haya cenado judías. ¡Puede ser una auténtica bomba de relojería!

—¡*Illo*, tú a mí no me vaya a desí que soy una *jartá* peligroso! ¡*Mía* que *aserco er culo pa* tu cara! —amenazó Churches.

—No, no, tranquilo. Churchito, relaja el culo. Ahora te presentaré a Corcho —siguió Nexxuz—, sin duda uno de los más útiles del equipo. No sé dónde narices se ha metido. ¡Corcho, Corcho, ven aquí, *desgraciao*! —gritó hacia el fondo de la vivienda o lo que fuera aquel piso. Yo me quedé en el sitio sin moverme ni un pelo, estaba alucinando.

—¿Quién me llama? —dijo una voz de camionero desde el fondo de una habitación. ¿Sería ese Corcho? Dios mío, no podía dejar de imaginar cómo sería: un hombre de dos metros de alto, fuerte y más duro que el hierro.

—¡Ah! Estás aquí, ven que te voy a presentar a alguien...

Corcho entró en la habitación, realmente nada tenía que ver con lo imaginado, e incluso por unos instantes pensé que aquella voz que había escuchado antes no podía ser suya. También era moreno y guapo, ¡qué conjunto, parecían un grupo musical de moda!, pero su expresión era seria y concentrada, casi de enfado. Vestía todo de negro, incluidos unos guantes y una cazadora de cuero que no parecían muy adecuados dentro de una casa.

—Este es Corcho.

Mi cara estaba desencajada.

—¿Qué? ¿Me pasa algo en la cara? —preguntó Corcho con un tono que no sabía si era ironía o me lo decía de verdad.

—Em... yo... no...

—No le hagas ni caso, Corcho es un borde, cuando le da la gana es majo e incluso a veces le queremos. Ah, y tampoco habla demasiado, en fin...

—¡A ti sí que no te quiere ni tu...! —gritó Corcho mostrando su habitual estado de ánimo.

De improviso, una colleja de Josemi aterrizó sobre su nuca.

—¿Qué te he dicho de ir insultando? ¡Mira que tienes todas las papeletas para que te dé siete guantazos más!

«Madre mía, ¿dónde me he metido?», pensé por unos instantes. «¡Vaya panda de frikis!».

Nexxuz ignoró el comentario que Corcho había hecho y continuó:

—Corcho tiene una habilidad especial, no te vayas a creer que le queremos por su hermosa voz de ángel —dijo con sarcasmo a su compañero, que todavía continuaba fro-tándose el cuello tras «la colleja correctiva» de Josemi—. Tiene la capacidad de transformarse en cualquier persona o cosa que se proponga.

—¡Pero eso es fantástico! —dije con asombro. Siempre había soñado poder tener yo también esa habilidad.

—Bueno, no está mal —se levantó Josemi y se puso a mi derecha—. Siempre y cuando te transformes bien en lo que desees. Porque el tío la está liando casi siempre —hizo una breve pausa—. Además, solo puede transformarse una vez cada hora. ¿Te acuerdas, Nexxuz, cuando, en Navidades, se transformó en Papá Noel desnudo?

Corcho miraba a ambos sonrojado, no sabía si convertirse en una bomba y estallar en su cara o en un cartero comercial para despertarles los próximos doce fines de semana.

—Mejor que olvidemos eso, Josemi —Nexxuz, viendo

el panorama, cambió de tema—. Por cierto, este es Josemi: sin él, este equipo no sería el mismo.

—¿Y de qué se encarga?

—Ya conoces su habilidad especial: desgastar al enemigo a base de comentarios que, bueno... nos «ayuden» a acabar con ellos más fácilmente.

—Lo siento, me he perdido.

—A ver, cómo te lo explico...

—¡Nada, Nexxuz, se lo explico yo, que nos dan las uvas! Lo que hago es decirles a la cara lo infelices y «pringaos» que son. Soy extremadamente sincero y observador, lo que me permite contarles que lo mejor que pueden hacer es pirarse a otro planeta.

—Josemi, tampoco te flipes, que hay algunos insultos y chistes de los que te ríes tú solo, chaval —aclaró Nexxuz.

—¡Buah! Lo que pasa es que no son aptos para gente inferior como vosotros. ¡Y punto! —sentenció.

—Bueno, parece que con esta presentación... ¡Ah, calla! Todavía te queda conocer a un as del equipo, tan guarro como gracioso y tan inteligente como atractivo. ¡Corvus, ¿dónde estás?! —gritó.

Ese me sonaba de algo...

—¿Qué quieres? —sonó una voz que parecía metida dentro de un cajón.

—¿Se puede saber dónde te has metido, *desgraciao*?

En el salón no había nadie más. Miré, sin moverme del sitio, por el largo pasillo oscuro que se veía a través de una abertura donde en algún momento hubo una puerta, pero nada, por allí no venía nadie, solo siete puertas: tres a cada lado y una al fondo.

—¡Sal ya, cerdo!

—Corcho... —dijo Nexxuz.

—¡Dadme un momento, leche! —pidió el que se hacía llamar Corvus.

Josemi y Nexxuz se miraron, sus rostros ojipláticos parecían saber ya qué estaba pasando y empezaron a correr por el pasillo hasta la segunda puerta de la izquierda.

—Sal del baño ya. ¡Deja de hacer eso!

El silencio se apoderó de ellos y Corcho caminó hacia allí con cierta parsimonia. Me acerqué, la curiosidad me podía.

—Dejádmelo a mí —dijo Corcho.

Tomó aire y su cara comenzó a ponerse roja por el esfuerzo que estaba haciendo.

—¡No, Corcho! ¡No lo hagas! ¡Moriremos todos! ¡Desgraciao! —advirtió Nexxuz.

—Vale, de acuerdo, entonces me transformaré en una cerilla y quemaremos el bañ...

—¡Anda *pa* tu pueblo, *illo*! ¡Éjamelo ar *coshino eteh*!

—Churches daba vueltas en su mano a un destornillador.

—Corvus, te lo advertimos... ¡como no salgamos...!

—¡Que salgo en un rato. Tengo un asunto... entre manos!

Un golpe de Josemi echó la puerta abajo, la escena que contemplamos era para traumatizar a cualquiera: el que llamaban Corvus estaba... ¡¡¡DEPILÁNDOSE!!! Salieron del baño de inmediato y yo solté una sonora carcajada que hizo que ese engendro, mitad hombre y mitad cerdo, se vistiera a medio rasurar.

—¡Vaya cerdito guapo que vamos a tener! —soltó Josemi acompañando mi carcajada que todavía rebotaba por las paredes del piso.

Corvus se quedó quieto junto a mí. Me inquietó bastante su aspecto, un contraste absoluto con sus compañeros, pues era feísimo: la cabeza de forma de huevo, calvo, ore-

jas enormes como soplillos temblorosos, la boca unida a la nariz en una especie de hocico, los ojitos redondos, la piel rosada... ¡parecía más un cerdo que una persona! El traje apretado con chaqueta, chaleco y de un vivo color rojo, lleno de lamparones, no mejoraba el conjunto.

—¿Y tú quién eres, el pizzero?, ¿dónde está mi pizza? —preguntó.

—¿De la pizzería? —miré con estupefacción a Nexxuz que se tapaba la frente con la palma de la mano.

—Déjalo, el cerdo este solo piensa en zampar. Bueno, te presento a Corvus, aunque creo que ya lo conoces: es mitad hombre y mitad cerdo —eso explicaba todo—, aunque a veces pienso que es solamente cerdo. Un día nos siguió hasta casa y decidimos adoptarlo.

—¡Eh! Que eso no fue así... del todo.

—Es verdad, ya venías con algo de ropa —dijo Nexxuz entre risillas.

Nexxuz me llevó de nuevo al salón.

—Es tan fácil engañarle que podrías hacerle creer cualquier cosa... como aquella vez que le tiramos una cerilla apagada y le dijimos que su ropa estaba ardiendo solo para ver cómo se la quitaba toda gritando ¡¡¡FUEGO FUEGO!!! ¿Y tú, Nexxuz, no le vas a decir quién eres? —dijo Josemi.

Me acerqué la mano a la barbilla en un gesto que quería mostrarle que me interesaba saber quién era ese charlatán que se había dedicado a presentarme a todo el mundo, como si fuera el relaciones públicas de una discoteca del centro.

—Yo, soy... yo soy... ¡Nexxuz, el más guapo, musculoso y sexy del universo, líder supremo, el victorioso, el gran justiciero! Bueno, en realidad no... Me dedico a planear misiones secretas para salvar el mundo y protegerlo del mal.

—Siempre y cuando estemos el resto para salvarte el culo, ¿verdad?

Las palabras de Josemi mostraban compañerismo, más que ataque.

—Bueno, sí, es verdad. Menos el cerdo, todos echan un cable.

Corvus ignoró el comentario, estaba demasiado ocupado rascándose la tripa que le picaba a rabiarse por culpa de la irritación que le había dejado la cuchilla.

Sin duda, todos ellos eran unos tipos muy peculiares.

—Bueno, ¿y yo qué voy a hacer? —pregunté.

Se reunieron en un pequeño corro y me dejaron en medio del amplio salón. Aproveché para echar un vistazo. La casa parecía enorme, no en vano era la única que había en la planta. Una biblioteca con más huecos que libros cubría por completo una pared, a excepción de una puerta por la que se podía entrever una cocina con aspecto de no recogerse a menudo; enfrente, un sofá grande de cuatro plazas, con algunos asientos hundidos, ocupaba gran parte de la pared y a su lado, la entrada al pasillo; enfrente del sofá y casi cubierta por bolsas vacías de patatas fritas estaba la mesa baja de cristal; una ventana grande que casi llegaba al suelo dejaba entrar la luz de la tarde y, a su lado, una mesa grande con seis sillas estaba llena de tazas, cubiertos, bandejas y platos que parecían tener los restos de una buena merienda. Me llamó la atención que no había cuadros, ni fotos, ni adornos de ninguna clase. Tampoco vi ningún televisor, ni ordenador, ni ningún aparato electrónico.

—¡Corvus, *desgraciao*, que no estamos decidiendo si hacemos para comer macarrones hoy o mañana!

—Ah, vale, perdona, perdona —se disculpó este y volvieron a juntarse en piña.

De vez en cuando se oía el peculiar acento de Churches mezclado con la voz profunda de Corcho, la verdad es que no dejaba de tener su gracia. Los dos estaban muy entregados a la conversación y los movimientos de la cabeza de uno con su sombrero y el corpachón enfundado en negro del otro parecían una coreografía.

Cuando terminaron, Nexxuz se me acercó y me invitó a sentarme:

—Por unanimidad, te nombramos «personal de asistencia doméstica».

No tenía ni idea de lo que me acababa de nombrar.

—Y eso es... —arqueé las cejas.

—Vamos, que te toca fregar el piso. ¡Que no veas tú lo que mancha el cerdo! —dijo Corcho con su vozarrón.

—Bueno... no es del todo así, serás como «nuestro asistente personal». Pero no te preocupes, será divertido.

—Un momento, un momento —cortó la conversación Corvus—. Si no eres mi mamá y tampoco vienes de la pizzería..., ¿se puede saber cómo te llamas y quién eres?

Todos me miraban de arriba abajo, era un poco incómodo. De pronto Nexxuz trajo unos papeles y me los pegó en la cara.

—Eso da igual, firma aquí, aquí y aquí.

Saqué de mi bolsillo un bolígrafo azul y puse mi nombre, rodeado por aquellos cinco extraños e imprevisibles personajes no tenía otra opción. En cuanto terminé de firmar, Josemi agarró el papel y comenzó a leerlo en voz alta. Cuando llegó al final Churches se empezó a reír.

—¡Ja! Vaya nombre, qué *salao* —dijo.

—Bueno, la verdad es que me parece genial tu nombre, pero no me acaba de encajar... así que te llamaremos... te llamaremos... ¡Jamoncito! —dijo Nexxuz.



—¡A mí me gustaba más Doña Florinda! —gritó Corvus indignado.

—Claro, como la del Vanila unicorn. ¡Obseso! —tronó Corcho.

El cerdo se ruborizó. Nexxuz se quedó un rato pensando.

—Sí, te llamaremos Jamoncito. Me gusta, suena algo así como... a jamón cariñoso.

Sonreí y ellos me respondieron con otra sonrisa satisfecha. Acababa de entrar a formar parte de la familia, por lo visto.

—Vale, me llamaré... Jamoncito. ¿Cuándo empiezo? —pregunté con interés.

—Hoy mismo. He recibido esta mañana nuestra nueva misión —dijo Nexxuz con tono serio.

Todos le miramos fijamente menos Corvus, que se metió un dedo en la nariz mientras contemplaba los restos de la merienda que estaban en la mesa.